

reproduciéndose en muchos hijos e hijas de Dios en Su Iglesia, que es el redil del Señor donde Él tiene Sus ovejas.

Y ahora, pueden ser bautizados conociendo el significado tipológico del bautismo en agua en el Nombre del Señor Jesucristo. **Y que Cristo les bautice con Espíritu Santo y Fuego, y produzca en ustedes el nuevo nacimiento; y nos continuaremos viendo por toda la eternidad en el glorioso Reino de nuestro amado Señor Jesucristo.**

Ha sido para mí un privilegio grande estar con ustedes en esta ocasión, amados amigos y hermanos presentes y los que están a través del satélite Amazonas o de internet. Los que recibieron a Cristo también que están a través del satélite o de internet, pueden ser bautizados en estos momentos en agua en el Nombre del Señor Jesucristo.

Para lo cual dejo al ministro de cada nación y también al ministro de esta congregación, el reverendo Carlos Pérez Pinzón para que les diga hacia dónde dirigirse para colocarse las ropas bautismales y ser bautizados en agua en el Nombre del Señor Jesucristo. **Y que Cristo les bautice con Espíritu Santo y Fuego, y produzca en ustedes el nuevo nacimiento.**

Continúen pasando todos una noche llena de las bendiciones de Cristo. Y *shalom*, la paz del Señor sea con ustedes.

“EL QUE ANUNCIA LA PAZ, EL QUE TRAE BUENAS NUEVAS DEL BIEN.”

EL QUE ANUNCIA LA PAZ, EL QUE TRAE BUENAS NUEVAS DEL BIEN

*Lunes, 26 de enero de 2009
Santa Marta, Colombia*



Rev. William Soto Santiago, Ph.D.

Espíritu Santo y Fuego y produzca en ustedes el nuevo nacimiento.

El bautismo en agua es tipológico, el agua no quita los pecados, es la Sangre de Jesucristo. En el bautismo en agua la persona se identifica con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección. Cuando la persona recibe a Cristo muere al mundo; y cuando el ministro lo sumerge en las aguas bautismales tipológicamente está siendo sepultado; y cuando lo levanta de las aguas bautismales está resucitando a una nueva vida, a la Vida eterna con Cristo en Su Reino eterno.

Estábamos en Cristo y con Cristo todo el tiempo. Así como Leví, el bisnieto de Abraham, estaba en Abraham cuando Abraham se encontró con Melquisedec y diezmó a Melquisedec, y ahí también estando en los lomos de Abraham Leví diezmó a Dios; y todavía no había nacido Jacob, el padre de Leví, y todavía tampoco había nacido Isaac, el padre de Jacob.

Pero ya tanto Isaac, Jacob y Leví estaban en los lomos de Abraham. Y todos nosotros estábamos en Cristo eternamente. Por eso Cristo dijo: “Mis ovejas oyen mi Voz y me siguen, y yo les doy Vida eterna.” Estábamos en Cristo todo el tiempo.

Recuerden que Cristo dijo: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, él sólo queda, pero si cae en tierra y muere, mucho fruto lleva.” ¿Cómo estábamos en Cristo? En la misma forma que una planta de trigo estaba ¿dónde? En una semilla de trigo. Y cualquier persona podía ver una semilla de trigo y no veía una planta de trigo; pero un agricultor sí podía ver una planta de trigo, la sembraba esa semilla y decía: “Voy a tener una planta de trigo con muchos granos de trigo.”

Así también Cristo veía una planta de trigo que es Su Iglesia, y veía muchos granos de trigo que son todos los creyentes en Él, los miembros de Su Iglesia. ¿Ven lo sencillo que es todo? Por medio del Espíritu Santo, Cristo ha estado

NOTA AL LECTOR

Es nuestra intención hacer una transcripción fiel y exacta de este Mensaje, tal como fue predicado; por lo tanto cualquier error en este escrito es estrictamente error de audición, transcripción e impresión; y no debe interpretarse como errores del Mensaje.

El texto contenido en esta Conferencia, puede ser verificado con las grabaciones del audio o del video.

Este folleto debe ser usado solamente para propósitos personales de estudio, hasta que sea publicado formalmente.

mis pecados y por los de todo ser humano. Reconozco que soy pecador y necesito un Salvador, un Redentor. Doy testimonio público de mi fe en Ti y rendido a Ti en alma, espíritu y cuerpo, Te recibo como mi único y suficiente Salvador. Te ruego perdones mis pecados, y con Tu Sangre me limpies de todo pecado y me bautices con Espíritu Santo y Fuego luego que yo sea bautizado en agua en Tu Nombre, y sea producido en mí el nuevo nacimiento. Quiero nacer en Tu Reino, quiero vivir eternamente Contigo en Tu Reino.

Señor, sálvame, Te lo ruego en Tu Nombre eterno y glorioso, Señor Jesucristo. Amén.

Y con nuestras manos levantadas a Cristo, al Cielo todos decimos: **¡La Sangre del Señor Jesucristo me limpió de todo pecado! ¡La Sangre del Señor Jesucristo me limpió de todo pecado! ¡La Sangre del Señor Jesucristo me limpió de todo pecado! Amén.**

Cristo les ha recibido en Su Reino, ha perdonado vuestros pecados y con Su Sangre les ha limpiado de todo pecado, porque ustedes escucharon la predicación del Evangelio de Cristo y nació la fe de Cristo en vuestra alma y lo han recibido como vuestro único y suficiente Salvador. Él dijo:

“Id por todo el mundo, y predicad el evangelio a toda criatura.

El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” Tan simple como eso.

Ustedes me dirán: “Escuché la predicación del Evangelio de Cristo, nació la fe de Cristo en mi alma, creí y lo recibí como mi Salvador, ahora me falta ser bautizado en agua en Su Nombre, quiero ser bautizado en agua en Su Nombre lo más pronto posible, ¿cuándo me pueden bautizar?” Es la pregunta desde lo profundo de vuestro corazón.

Por cuanto ustedes han creído en Cristo de todo corazón, bien pueden ser bautizados. **Y que Cristo les bautice con**

EL QUE ANUNCIA LA PAZ, EL QUE TRAE BUENAS NUEVAS DEL BIEN

Rev. William Soto Santiago, Ph.D.

Lunes, 26 de enero de 2009

Santa Marta, Colombia

Muy buenas noches, amados amigos y hermanos presentes, y los que están a través del satélite Amazonas o de internet en diferentes naciones.

Que la paz de Cristo, el Ángel del Pacto, sea sobre todos ustedes.

Para esta ocasión leemos en Isaías, capítulo 52, verso 5 al 7, donde nos dice:

“Y ahora ¿qué hago aquí, dice Jehová, ya que mi pueblo es llevado injustamente? Y los que en él se enseñorean, lo hacen aullar, dice Jehová, y continuamente es blasfemado mi nombre todo el día.

Por tanto, mi pueblo sabrá mi nombre por esta causa en aquel día; porque yo mismo que hablo, he aquí estaré presente.

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: ¡Tu Dios reina!

¡Voz de tus atalayas! Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán que Jehová vuelve a traer a Sión.”

Dios bendiga nuestras almas con Su Palabra y nos permita entenderla.

Para nuestro tema tomamos el verso 7, que dice:

“¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del

bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: ¡Tu Dios reina!”

“EL QUE ANUNCIA LA PAZ, EL QUE TRAE NUEVAS DEL BIEN (o sea, el que trae noticias del bien).”

Esta es una profecía mesiánica que sería cumplida en la Venida del Mesías, y luego en los seguidores del Mesías, los ministros, los apóstoles que continuarían en el ministerio llevando las buenas noticias de paz, las buenas nuevas del bien. Este pasaje nos dice:

“¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz...!”

Los montes son pueblos, naciones y lenguas, porque los reinos están representados en montes.

Y ahora, encontramos que tenemos la promesa de un personaje que aparecerá en la escena de la raza humana caminando y trayendo alegres nuevas, anunciando la paz, trayendo las buenas nuevas, las buenas noticias del bien. Ese solamente puede ser el Mesías Príncipe.

El ser humano perdió la paz cuando pecó en el Huerto del Edén. Antes de eso Adán y Eva tenían paz, pero por cuanto todos pecaron allí en el Huerto del Edén, y toda la humanidad estaba representada en Adán y Eva, todos fueron destituidos de la gloria de Dios.

El ser humano tenía Vida eterna y tenía compañerismo con Dios, tenía paz con Dios. Cuando Dios le dijo a Adán que no comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que comiera de ese árbol, ese día moriría, estaba hablándole de la Vida eterna, la cual perdería, moriría a la Vida eterna si comía del árbol de ciencia del bien y del mal; y solamente le quedaría al ser humano vida, pero temporal, la cual se le terminó a Adán; luego que pecó y perdió la Vida eterna, solamente, luego le quedó vida temporal por novecientos treinta años, que para los seres humanos de nuestro tiempo son

en su alma y decir: “Yo duermo tranquilo (o tranquila), y si muero mientras estoy durmiendo sé que voy al Paraíso.”

A la persona que tiene a Cristo como Salvador, la angustia existencial se le ha ido. La angustia existencial viene por causa de que el ser humano no sabe de dónde vino, no sabe porqué está aquí en la Tierra, y no sabe hacia dónde va cuando muere físicamente. Pero el creyente en Cristo sí sabe que vino de Dios, sabe que está aquí en la Tierra con un propósito divino: para recibir a Cristo como Salvador, y sabe a dónde va: va al Paraíso cuando muera su cuerpo físico. Y cuando Cristo resucite a los muertos creyentes en Él, sabe que va a ser resucitado en un cuerpo eterno y glorificado, y sabe que va a vivir eternamente con Cristo en Su Reino. Por lo tanto, no tiene angustia, sino gozo y seguridad y paz y felicidad en su alma.

Vamos ya a orar por las personas que han venido a los Pies de Cristo, si falta alguno por venir puede venir, y también los niños de diez años en adelante pueden venir a los Pies de Cristo. Recuerden que Cristo dijo, hablando de los niños: “Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el Reino de los Cielos.”

Vamos a levantar nuestras manos al Cielo, y vamos a orar por las personas que han venido a los Pies de Cristo en esta ocasión. Con nuestras manos levantadas al Cielo, a Cristo, y nuestros ojos cerrados, los que han venido a los Pies de Cristo en estos momentos y están aquí presentes o en otras naciones, repitan conmigo esta oración:

Señor Jesucristo, escuché la predicación de Tu Evangelio, el Evangelio de la paz, el Evangelio de nuestra salvación y nació Tu fe en mi corazón; creo en Tu primera Venida, creo en Tu Nombre como el único Nombre bajo el Cielo dado a los hombres en que podemos ser salvos. Creo en Tu muerte en la Cruz del Calvario como el Sacrificio de Expiación por

al mundo.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” (San Juan, capítulo 3, verso 16).

Es la voluntad de Dios que usted y yo vivamos eternamente; es el deseo de Dios que usted y yo vivamos eternamente, pero ahora le toca a usted desear vivir eternamente. La exclusividad de la Vida eterna Dios la ha dado a un hombre, y el nombre de ese hombre es: SEÑOR JESUCRISTO.

Por lo tanto, para obtener la Vida eterna tenemos que ir al que tiene la exclusividad de la Vida eterna. Él dijo: “Yo he venido para que tengáis vida y la tengáis en abundancia.” O sea, Vida eterna. Él también dijo: “Mis ovejas oyen mi Voz y me siguen, y yo las conozco y yo les doy Vida eterna.” (San Juan, capítulo 10, verso 27 al 30).

Es para recibir la Vida eterna que se predica el Evangelio, se le da la oportunidad a las personas que vengan a los Pies de Cristo y lo reciban como Salvador, para que Cristo les dé Vida eterna, porque Él lo ha prometido.

Vamos a estar puestos en pie para orar por las personas que han venido a los Pies de Cristo en esta ocasión. En las demás naciones que están conectadas con esta transmisión vía satélite o internet, pueden también continuar viniendo a los Pies de Cristo para que queden incluidos en esta oración, que estaremos haciendo por los que están recibiendo a Cristo como su único y suficiente Salvador.

Todos necesitamos asegurar nuestro futuro eterno con Cristo en Su Reino eterno; y eso lo tenemos que hacer mientras estamos vivos en esta Tierra, y nadie sabe cuándo se le va a terminar la vida terrenal, la vida que tiene en el cuerpo físico. Por lo tanto, le conviene a toda persona asegurar su futuro eterno recibiendo a Cristo lo más pronto posible y así tener paz

muchos años, porque en la actualidad encontramos que el ser humano ha ido perdiendo tiempo, años, pero no importa cuántos años la persona viva en la Tierra, lo importante es que ame a Dios y sirva a Dios y entre al Programa de Redención y Vida eterna; sean pocos años o muchos años, eso es lo importante.

Por eso fue que Cristo dijo: “¿De qué le vale al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?”

Así que lo más importante es la Vida eterna. Por eso el mismo Jesús dijo: “Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia, y las demás cosas serán añadidas.” Eso está en San Mateo, capítulo 6, verso 33; y también la cita que les dí antes fue San Mateo, capítulo 16, verso 26 al 28.

Toda persona debe comprender que el propósito de su existencia en la Tierra es una, y es obedecer la Palabra de Dios, el Evangelio de Cristo, porque hemos sido elegidos desde antes de la fundación del mundo para obedecer y recibir a Cristo como Salvador y ser rociados con la Sangre de Cristo y limpiados de todo pecado, y bautizados en agua en Su Nombre para recibir el Espíritu Santo y así obtener el nuevo nacimiento.

El mismo Cristo dijo a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no nazca del Agua y del Espíritu no puede entrar al Reino de Dios.” (San Juan, capítulo 3, verso 1 al 6).

Todos queremos entrar al Reino de Dios para tener paz para con Dios. No hay forma humana que pueda reconciliar al ser humano con Dios, y no hay ser humano que pueda traer buenas nuevas de paz y felicidad para el ser humano, a menos que sea bajo el contexto bíblico que hemos leído.

Ahora, este programa de la paz para el ser humano, está ligada a la reconciliación del ser humano con Dios, la cual fue representada allá en Levítico, capítulo 23, versos 26 en

adelante, y dice de la siguiente manera; y vamos a leer ese pasaje tan importante. Capítulo 23, verso 26 al 29 (dice) de Levítico:

“También habló Jehová a Moisés, diciendo:

A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación; tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová (o sea, al Señor).

Ningún trabajo haréis en este día; porque es día de expiación, para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios.”

¿Para qué era ese día de la expiación? Para ser reconciliados con Dios.

“Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de su pueblo.”

Estaban llamados a llevar a cabo el sacrificio de expiación, el cual el sumo sacerdote efectuaba, y el pueblo afligido en su alma por haber pecado contra Dios, pedía perdón a Dios y Dios los escuchaba; y con ese sacrificio, con la sangre de ese sacrificio quedaban cubiertos los pecados de las personas y quedaban reconciliados con Dios para vivir un año.

Y luego, al otro año efectuaban el sacrificio de expiación, y arrepentidos de sus pecados pedían perdón a Dios por sus pecados, Dios los perdonaba y quedaban cubiertos con la sangre de esa expiación; y tenían derecho a vivir un año más, reconciliados con Dios por un año.

¿Por qué por un año y no para siempre? Porque la sangre de los animales no es perfecta a causa de que los animales no tienen alma. Solamente aquello era el tipo y figura de un Sacrificio expiatorio que sería efectuado por un hombre, el cual sería el Mesías Príncipe que vendría a la Tierra para establecer el nuevo Pacto con el ser humano; y así el ser humano entraría a ese nuevo Pacto, sería perdonado con la Sangre de ese Sacrificio que efectuaría ese hombre, que sería

corazón del ser humano, y la trae y la establece Jesucristo por medio de Su Espíritu en el alma del ser humano.

Dios tiene mucho pueblo en esta ciudad de Santa Marta, Colombia, y en toda la República de Colombia, y los está llamando en este tiempo final.

Si oyes hoy Su Voz no endurezcas tu corazón, Él te está llamando para reconciliarte con Dios y darte la Vida eterna. Él murió por ti y por mí en la Cruz del Calvario, para reconciliarnos con Dios y restaurarnos a la Vida eterna, para que así podamos vivir eternamente en el Reino de Dios, en el Reino de Cristo, y jóvenes, en cuerpos jóvenes, cuerpos inmortales, cuerpos glorificados, como el de Jesucristo, vivamos en Su Reino por toda la eternidad.

Por lo tanto, cuando termine nuestra vida terrenal en estos cuerpos pasamos a otra dimensión, y cuando llegue el momento de la resurrección, Cristo nos resucitará en cuerpos eternos, y entonces viviremos eternamente como Jesucristo: con un cuerpo glorificado; y ése es el que nosotros necesitamos, porque el que tenemos es mortal, corruptible y temporal y se pone viejo.

Y ya cuando se pone viejo, ya decimos: “Mis días se están terminando, ya están contados.” Así es en este cuerpo terrenal, pero hay un propósito y es una bendición vivir en estos cuerpos terrenales, porque nos da la oportunidad de hacer contacto con Cristo para obtener la Vida eterna.

La Vida eterna Dios la ha dado al ser humano, y esta vida está en Jesucristo. El que tiene a Jesucristo tiene la Vida eterna, el que no tiene a Cristo porque no lo ha recibido como Salvador, no tiene la Vida eterna; lo que tiene es una vida temporal que se le va a terminar y después ya dejará de existir en cierto tiempo. La Vida eterna es la cosa más grande que un ser humano puede recibir. Dios desea que usted y yo vivamos eternamente en Su Reino, para eso fue que envió a Jesucristo

Dios, y haciendo la paz con Dios.

Y ahora, son hermosos los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz, del que trae esas alegres nuevas; y Cristo es el que trae esas alegres nuevas, el que anuncia la paz sobre los montes, sobre los reinos; y todos los ministros que llevan el Evangelio de Cristo también son bienaventurados, y sus pies son hermosos porque están anunciando las buenas nuevas de paz sobre los montes, o sea, sobre las naciones, sobre los reinos, para que el ser humano pueda ser reconciliado con Dios por medio de Cristo, y estar en paz con Dios, tener la paz de Dios en su alma.

“EL QUE ANUNCIA LA PAZ, EL QUE TRAE NUEVAS DEL BIEN.”

Si alguna persona ha escuchado el Evangelio en alguna ocasión, ha estado escuchando el Evangelio de la paz, para obtener la paz por medio de Cristo, y por consiguiente obtener la Vida eterna, ser reconciliado con Dios y ser restaurado al Reino de Dios y por consiguiente a la Vida eterna.

Yo escuché la predicación del Evangelio de Cristo y lo recibí como mi Salvador, fui reconciliado con Dios y ahora tengo paz para con Dios por medio de Jesucristo. ¿Y quién más? Cada uno de ustedes también.

Si hay alguna persona que todavía no ha recibido a Cristo como Salvador, por consiguiente no tiene la paz de Cristo, no está en paz con Dios, pero puede recibirlo en estos momentos para que Cristo lo reconcilie con Dios y por medio de Cristo tenga paz para con Dios; para lo cual puede pasar acá al frente, y estaremos orando por usted para que Cristo le reciba en Su Reino, le perdone y con Su Sangre le limpie de todo pecado, sea bautizado en agua en Su Nombre y Cristo lo bautice con Espíritu Santo y Fuego y produzca en usted el nuevo nacimiento.

En la raza humana la paz comienza *acá* en el alma, en el

el Mesías; sería limpiado de todo pecado para siempre y sería reconciliado con Dios, no por un año, sino por toda la eternidad, porque la Sangre del Mesías Príncipe es perfecta, porque es el Mesías prometido para morir en Expiación por el pecado del pueblo y efectuar un nuevo Pacto con el pueblo.

La Sangre del Mesías príncipe sería la Sangre del Pacto eterno, de ese nuevo Pacto que sería establecido. El Mesías Príncipe, representado aquí en la profecía de Isaías, capítulo 53, representado aquí en una oveja, dice (capítulo 53, verso 1 en adelante):

“¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?

Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos.

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.

Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido.

Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.

Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.

Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.”

Aquí en este pasaje profético nos presenta el cuadro del Mesías Príncipe que vendría como una oveja, un Cordero para morir en Expiación por el pecado del ser humano, lo cual se cumplió en Jesucristo nuestro Salvador, el cual apareció conforme a la profecía de Daniel, capítulo 9; apareció, tuvo Su ministerio en la semana número setenta, y murió a la mitad de esa semana número setenta. A esa semana de la profecía de Daniel, la semana número setenta, le restan tres años y medio que corresponden al tiempo de la gran tribulación para este tiempo final, en donde Dios volverá a tratar con el pueblo hebreo.

Ahora, hemos visto que el Mesías Príncipe moriría en Expiación por el pecado del ser humano. Ninguna otra persona podía morir por el pecado del ser humano, para limpiar con su sangre al ser humano y restaurarlo, reconciliarlo con Dios para que viva eternamente.

Veán aquí en la profecía de Daniel, del capítulo 9, verso 24 en adelante, dice:

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.

en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”

Y ahora, la Iglesia del Señor Jesucristo va creciendo a medida que Dios va añadiendo a Su Iglesia más y más personas, y va pasando la Iglesia de etapa en etapa; y cada creyente en Cristo también va siendo edificado como individuo, para ser un Templo santo en el Señor y al Señor, para morada de Dios en Espíritu Santo en la persona como también en la Iglesia del Señor Jesucristo, que es Su cuerpo Místico de creyentes.

Y ahora, el Señor Jesucristo siendo el Príncipe de la Paz es el máximo exponente o expositor del tema de la paz para la raza humana. No solamente habla de ella, sino que hizo la paz, del ser humano y para el ser humano con Dios. Hizo la labor, la obra que se requería para que el ser humano tuviera paz con Dios. Su Reino es un Reino de paz, el cual será establecido en este planeta Tierra y la paz sería impartida a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén y extendiéndose por todo el territorio de Israel, y por todo el Medio Oriente, y por todas las naciones.

El Reino del Mesías será un Reino de paz y por consiguiente de felicidad para el ser humano. Pero antes de que llegue literalmente ese Reino a la Tierra, sea establecido literalmente, el Reino de Dios está en la esfera espiritual y cada persona cuando entra al Reino de Dios en la esfera espiritual al nacer del Agua y del Espíritu, entra en el nuevo Pacto, y por consiguiente tiene paz para con Dios por medio de Jesucristo nuestro Salvador, tiene paz *acá* en su alma, en su corazón.

Aunque en su cuerpo tenga algunos problemas, no tenga paz en su cuerpo por causa de los problemas físicos, pero su alma sí tiene paz. Es la paz que Cristo dijo: “Mi paz os dejo, mi paz os doy, Yo no la doy como el mundo la da.” Cristo la da *acá* en el corazón del ser humano reconciliando al ser humano con

de lo que es la paz.

“...aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz...”

Y ahora, es Cristo el que hace la paz, y es Cristo el máximo Mensajero de la paz, es Cristo el Príncipe de la paz, como dice Isaías, capítulo 9, verso 6 al 7; y por eso es que ha hecho la paz entre el ser humano y Dios, solamente el Príncipe de Paz, el Mesías Príncipe era el único que podía hacer la paz entre el ser humano y Dios, y entre Dios y el ser humano.

“...y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.

Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca...”

Y ahora Cristo vino y anunció las buenas nuevas, las buenas noticias de paz a los que estaban lejos y a los que estaban cerca. Recuerden que cuando Cristo aparecía a Sus discípulos en el Evangelio según San Juan, les decía: “Paz a vosotros.”

“...porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre (o sea, por el Espíritu Santo).

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios...”

Todos los creyentes en Cristo son conciudadanos de los santos y miembros de la Familia de Dios, hijos e hijas de Dios, la Familia real del Cielo. Ser hijo de Dios es lo más grande que una persona puede ser como hijo.

“...edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo,

en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor;

Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas (siete semanas y sesenta y dos semanas son: sesenta y nueve semanas); se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos.

Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.”

Ya la destrucción del templo y también de Jerusalén, se cumplió en el año ‘70 de la Era Cristiana, en donde el general romano Tito Vespasiano destruyó la ciudad de Jerusalén con el templo, cuando vino con su ejército y entró a Jerusalén, luego de tenerla sitiada dos años. Por eso fue que Cristo dijo a Sus discípulos: “Cuando ustedes vean a Jerusalén sitiada por ejércitos, entended que llegó el tiempo, y el que esté dentro de la ciudad salga de ella y no vuelva a ella; y el que esté fuera, no entre a la ciudad, ¿por qué? Porque ha llegado el tiempo de su destrucción.”

Recuerden que Cristo habló mucho de la destrucción del templo, de los edificios que estaban allí junto al templo y de la ciudad de Jerusalén, por cuanto no conoció el tiempo de Su visitación, de lo que era para su paz. (San Lucas, capítulo 19, versos 41 al 45).

Así que, vean ustedes, todo ya estaba profetizado tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, tanto por los profetas del Antiguo Testamento como por el Señor Jesucristo, por esa causa es que las profecías de Jesucristo tienen referencia a las profecías de los profetas del Antiguo Testamento.

Y ahora, para antes de la destrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén, el Mesías Príncipe tenía que estar en la

Tierra, y tenía que morir en la semana setenta como el Sacrificio de Expiación por el pecado de Su pueblo, por el pecado del ser humano. Y el único hombre que ha cumplido esa profecía tiene un nombre, ¿cuál es Su nombre? Señor Jesucristo. No hay otro que cuadre con esa profecía.

Por lo tanto, el Mesías Príncipe vino y después de la semana número sesenta y nueve, contando las primeras siete y después las sesenta y dos que le siguen, que son en total sesenta y nueve, allí apareció el Mesías en Su ministerio terrenal, y luego murió a los tres años de ministerio; murió como el Sacrificio de Expiación por el pecado de Su pueblo.

Por esa causa es que la profecía de Jeremías, capítulo 31, verso 31 al 36, que dice Dios que hará un nuevo Pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá, no como el pacto que hizo con Su pueblo allá en el desierto, en el Monte Sinaí, porque ellos invalidaron Su Pacto; ahora Él ha prometido un nuevo Pacto, y cuando Cristo en la última Cena, que fue en la última Pascua que Él tuvo con Sus discípulos (o víspera de la Pascua), encontramos que Cristo tomando el pan dice de la siguiente manera... recuerden que Cristo conocía muy bien la Escritura y por consiguiente Él vino para cumplir las Escrituras proféticas que hablaban de la Venida del Mesías.

Vean, capítulo 26, verso 26 al 29 de San Mateo, dice:

“Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo.

Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos;

porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.”

Y ahora, aquí Cristo nos habla del nuevo Pacto, nos habla de Su Sangre que sería derramada para remisión de los pecados de muchas personas. “Para remisión de los pecados, la cual es

Porque dice:

En tiempo aceptable te he oído,

Y en día de salvación te he socorrido.

He aquí ahora el tiempo aceptable;

he aquí ahora el día de salvación.”

El día de salvación, la Dispensación de la Gracia, que comenzó allá con la muerte de Cristo en la Cruz del Calvario, y se abrió completamente el Día de Pentecostés; y millones de seres humanos han estado entrando al Programa de Redención siendo reconciliados con Dios por medio de Jesucristo nuestro Salvador.

Yo escuché la Palabra de la reconciliación, el Evangelio de Cristo, nació la fe de Cristo en mi alma y lo recibí como mi Salvador. Él es el Embajador de la paz, Él es la persona más importante que ha proclamado la paz para el ser humano, de tal forma o tal manera que el mismo apóstol San Pablo hablando de Cristo dice de la siguiente manera, en Efesios, capítulo 2, verso 12 en adelante. Dice:

“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.”

Así estaba la humanidad: sin esperanza y sin Dios en el mundo; no estaba bajo un Pacto, y por consiguiente no tenía esperanza y no tenía a Dios. Sigue diciendo el apóstol San Pablo:

“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.

Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación...”

Muchas personas han tratado de definir la palabra “paz” o lo que es la paz. Aquí el apóstol San Pablo dice que Cristo es nuestra paz; es la definición más perfecta que se puede hacer

Cristo. Por medio del Evangelio, es dado a conocer todo este Programa de la Expiación por nuestros pecados; efectuada estará esta Expiación por el Señor Jesucristo en la Cruz del Calvario.

Y ahora, todos tenemos derecho a ser reconciliados con Dios por medio de Jesucristo y Su Sacrificio en la Cruz del Calvario.

“Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.”

Ese es el mensaje para los seres humanos: “Reconciliaos con Dios,” ¿cómo? Por medio de Cristo. No hay otra forma para el ser humano ser reconciliado con Dios.

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Y ahora, el ser humano tiene un Sacrificio de Expiación efectuado en la Cruz del Calvario.

Y ahora, el sacrificio que se efectuaba en medio del pueblo hebreo, solamente era el tipo y figura de la muerte de Cristo como el Sacrificio de Expiación por el pecado del ser humano. El sacrificio que efectuaba el sumo sacerdote allí en el templo, en Jerusalén, era para los hebreos y para aquellos gentiles que se habían convertido al Judaísmo, pero el resto de la humanidad no tenía un sacrificio; aunque aquél era solamente temporero, porque solamente era el tipo y figura, la sombra de un Sacrificio perfecto que vendría más adelante, el cual efectuaría el Mesías Príncipe, el Príncipe de la Paz, para traer la paz por medio de ese Programa de Redención.

Y ahora, miren lo que dice San Pablo, el capítulo 6, verso 1 en adelante de Segunda de Corintios:

“Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios.

derramada por muchos,” por todos aquéllos que lo recibirían como Salvador; fue derramada por mí, ¿y por quién más? Por cada uno de ustedes también.

Ahora, San Pablo nos habla de un nuevo Pacto, en el libro de los Hebreos o carta a los Hebreos, dice el apóstol San Pablo de la siguiente manera; y vamos a leerlo para que podamos comprender claramente la importancia de la Sangre de Cristo en favor de cada uno de nosotros. Dice Hebreos, capítulo 13, verso 20 al 21:

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno,

os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

Y ahora, San Pablo nos dice que la Sangre de Cristo es la Sangre del Pacto eterno, de ese nuevo Pacto que sería establecido con la casa de Israel y con la casa de Judá.

Y ahora, bajo este nuevo Pacto el ser humano es reconciliado con Dios.

Veamos en Romanos, capítulo 5, verso 6 en adelante, dice San Pablo:

“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.

Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno.

Mas Dios muestra su amor para con nosotros...”

Ahora, recuerden: ésta es la muestra máxima del Amor de Dios para nosotros.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”

También en San Juan, capítulo 3, verso 16, dice:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

La Venida de Cristo a la Tierra y Su muerte, fue la manifestación máxima del amor de Dios hacia el ser humano.

“Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.”

Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.”

La reconciliación del ser humano con Dios es por medio de Cristo y Su Sacrificio en la Cruz del Calvario, lo cual fue tipificado, representado en el Sacrificio de Expiación del día diez del mes séptimo de cada año, que el pueblo hebreo efectuaba, y que el sumo sacerdote era el que efectuaba el sacrificio, conforme a Levítico, capítulo 23, verso 26 al 29.

Y ahora, bajo el nuevo Pacto no hay un animalito literal, es Cristo el cual fue tipificado en aquellos animalitos que el sumo sacerdote sacrificaba cada año.

Y ahora, tenemos el Sacrificio perfecto de Expiación por nuestros pecados, para ser limpiados de todo pecado con la Sangre de Cristo y ser reconciliados con Dios, para así ser restaurados a la Vida eterna, y así tener paz con Dios por medio de nuestro amado Señor Jesucristo.

Veán aquí, en el mismo capítulo 5 de Romanos, verso 1, el apóstol Pablo, dice:

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

Y ahora, paz con Dios la tenemos por medio de nuestro amado Señor Jesucristo. Somos justificados por la fe en Cristo,

y quedamos como si nunca en la vida hubiésemos pecado.

Y ahora, estamos reconciliados con Dios por medio de Cristo; y ahora tenemos la paz de Dios *acá* en nuestra alma, estamos en paz con Dios.

Veamos otras Escrituras que nos hablan de esta reconciliación, como Segunda de Corintios, capítulo 5, porque necesitamos tener un cuadro claro de todo ese Programa Divino que fue llevado a cabo por medio de Cristo en la Cruz del Calvario. Dice capítulo 5, verso 14 en adelante de Segunda de Corintios:

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron;

y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así.

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación.”

Y ahora, el apóstol Pablo, los demás apóstoles y los ministros de la Iglesia y en la Iglesia de Cristo, del Señor Jesucristo, tienen el misterio de la reconciliación el cual proclaman por medio de la predicación del Evangelio de Cristo, para que el ser humano sea reconciliado con Dios a través de Cristo nuestro Salvador.

“... y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.”

¿Cuál es la Palabra de la reconciliación? El Evangelio de